

Costealo por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

Olalla, la Severa

Vaya de historia.

Cuando Felipe el Hermoso vino de las tristes húmedas tierras, siendo esposo de doña Juana, trajo consigo nuevos usos, y más extraños para nuestras costumbres fué el de que las mujeres de su Corte flamenco anduvieran con «escaso recato en la vestidura». «Ellas exageraban el escote, ellas acortaban la falda, de suerte que se descubriera la hermosa sus tentación del cuerpo... Chocó tal indumentaria con los usos castellanos, en los que la hembra iba recatada, emanando de amores para el esposo, fuente sellada para los otros hombres... Y en cierta solemnidad con que fué honrado el nuevo señor apareció en un pueblo de la costa cantábrica, cerca de Fuenterrabía, una mujer, esposa de un rico mercader y armador de naves, vestida con espléndido traje, que la cubría desde la garganta a los pies, lo que fué contraste notable con los vestidos incompletos de las desenvueltas damitas de la Corte del príncipe enamorado y frívolo. Felipe el Hermoso interrogó acerca de quién era aquella dama principal, que con su manera de ceñirse las telas constituía un comentario hostil contra los nuevos usos. Se le contestó:

—Es la señora Olalla, esposa del señor Bernardino de la Hera, ambos riquísimos y muy estimados en el país.

El Arduo, inclinándose ante la señora del traje reverente, dijo:

—Salud, señora Olalla, la Severa...

¡Pocas severas se ven por esas calles en nuestros días! ¡Si Felipe el Hermoso recorriera hoy en España los llamados «centros de sociedad» (¡oje, esjistas, con la o!), auguramos que no podría repetir la frase. Pero quizá, por un resto de poder medieval, tendría que cerrar los ojos o apartar la vista con asco!

Olalla, la Severa ¿dónde está?

Buscándola por ese mundo de desnudeces y de impudicias a pleno sol, ha salido con hermosísima Pastoral que ya saborearon nuestros lectores), un Purpurado insigne de la Iglesia española, y ¡no la ha hallado! Oid en cambio, la impresión que recoge y amargamente deplora, sobre el «vestido» de la mujer en nuestros días:

«Hemos hablado esto diferentes veces, pero jamás creímos vernos obligados a reprobar el daño que se está produciendo en esta forma, más autorizada y solemne... Con este proceder la dignidad de la mujer, preciosa conquista del Cristianismo, viene por los suelos; porque, ¿cómo mantener la propia dignidad sin el respeto de sí misma, fundamento del que deben guardarle los demás? En su lugar reciben un homenaje de mancha, el de las miradas lascivas y los sentimientos inconfesables, fruto del culto de la carne, que rebajan por igual al ídolo y a sus ídólatras...»

Han seguido al Eminentísimo Cardenal en su alarmado celo de apóstol, otros varios Prelados de la Iglesia; y no han podido ser más deplorables los resultados obtenidos.

Todo desgraciadamente, puede reducirse a esta desconsoladora síntesis, que en uno de sus brillantes artículos, estampa el insigne escritor señor Ortega y Manilla; «sería curioso saber quién inventó estas modas por las que la mujer va desnudándose. Diríase que los modistos parisienses han recibido una consigna: la del impudor.»

Y no está lo malo en que modistos y modistas reciban la consigna diabólica; sino que señoras y señoritas se dejen resallar con el estigma...

¿Dónde está su dignidad? ¿Cómo queda su independencia? ¿A qué se reduce su doble condición de cristiana y española, con el estigma del Averno?

Pero Olalla, la Severa, por honor de la mujer por decoro social y por la moralidad de nues-

tro pueblo ¿no reaparecerá en nuestras calles y no ha de imponerse otra vez en el honesto trato de gentes?

Vaticinios de un astrónomo argentino Para mediados

de Diciembre

¿AMENAZA A LA TIERRA UN CATACLISMO DE ORIGEN SIDERAL?

El astrónomo argentino, profesor Albert F. P. Porta, anuncia un cataclismo sideral, que fija para el 17 de Diciembre.

He aquí los términos en que se expresa:

«Debido a la agrupación de seis poderosos planetas, de naturaleza tal que no se ha visto en la historia de los siglos, una gran parte de la Tierra será barrida por el más terrible cataclismo atmosférico registrado en los anales de la humanidad.

Será causado por la mayor «mancha del Sol» hasta ahora observado. Una mancha tan grande, que podrá verse a simple vista.

Desde que los hombres pudieron por vez primera seguir con los adelantos de la ciencia la marcha de esa gigantesca máquina que llamamos sistema solar, no se había registrado nada semejante, ni se pudo ver una mancha de Sol, sino después de mucho estudio y empleando poderosos instrumentos.

Pero esta mancha, como antes dije, podrá verse a simple vista en 17 de Diciembre de 1919, y aparecerá como una grande herida en un lado del Sol. Será una gigantesca explosión de gases inflamados, lanzados al través de cientos de miles de kilómetros del espacio. Tendrá un cráter de tamaño suficiente para engullir a la Tierra, del mismo modo que el volcán Vesubio se tragaría una pelota de «foot ball».

Tal mancha poseerá energía magnética suficiente para someter a nuestra atmósfera a una se-

rie de fenómenos jamás vistos, ni aún soñados. Tendrán lugar horribles tempestades, huracanes monstruos, descargas eléctricas que amenazarán romper a la Tierra en dos, así como torrenciales lluvias. Habrá también gigantescas erupciones de lava, grandes temblores de tierra y terribles fríos. Y pasarán muchas semanas antes de que la Tierra recobre sus condiciones atmosféricas normales.

No hago esta sensacional y medrosa profecía con el deseo de atraer la atención mundial hacia mí, ni con el objeto de alarmar. Lo hago porque mi estudio de los planetas ha revelado ciertos resultados con matemática exactitud. Por eso os digo desde ahora.

Estad en guardia, sabedlo. Cosas tremendas ocurrirán desde el 17 al 20 de Diciembre del corriente año, y en las semanas siguientes, aunque con menos intensidad.

He aquí los hechos sencillos, pero asombrosos, que me permiten hacer esta profecía: Los planetas, como todos sabemos, giran en sus grandes órbitas elípticas alrededor del Sol.

Se mantienen suspendidos y girando en torno del centro del sistema y asociados entre sí por las cadenas de la energía electro magnética o, sencillamente, por las atracciones y repulsiones que sufren, cuyas fuerzas se contrarrestan unas a las otras equilibrándose. Cuando dos planetas se colocan en posición tal que juntos ejercen su atracción sobre el Sol—bien en «conjunción» del mismo lado del planeta, o en «oposición», con el Sol entre ellos—su potencialidad, unida, causa la «explosión» de gases en nuestra fuente de luz y calor, que lanzándose al espacio, como la erupción de un volcán, producen lo que llamamos una «mancha solar.»

Y esas manchas, a su vez, producen tempestades y otros fenómenos en la atmósfera que rodea la Tierra. Probablemente ocurre lo propio en los demás planetas. Dos de estos, unidos, son capa-